

GUZEL YÁJINA

TREN A SAMARCANDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO DE JORGE FERRER

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Эшелон на Самарканд*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© by Guzel Yájina. Todos los derechos reservados
Este libro ha sido negociado a través de ELKOST Intl. Literary Agency
© de la traducción, 2024 by Jorge Ferrer Díaz
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Tren* (1903), de Pío Collivadino

ISBN: 978-84-19036-44-5

DEPÓSITO LEGAL: B. IO 995-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

1. Quinientos. Kazán	7
2. Juntos los dos. Sviyazhsk – Urmari	91
3. La docena del demonio. Sergach – Arzamas – Buzuluk	259
4. Solo	339
5. La resta y la suma. Oremburgo – Aralsk	371
6. Y otra vez quinientos. Kazalinsk – Arys	469
7. Ellos tres. Samarcanda	547
<i>Comentarios de la autora</i>	585
<i>Agradecimientos</i>	589
<i>Mapa de la ruta de Kazán a Samarcanda</i>	591

A mi padre, Shamil Zagréyevich Yájin.

I
QUINIENTOS
KAZÁN

Cuatro mil verstas. Ésa era la distancia exacta que el convoy sanitario de los ferrocarriles de Kazán tenía que recorrer hasta llegar a Turquestán. Pero el tren como tal aún no existía. La orden de enganche se había firmado la víspera: el 9 de octubre de 1923. Tampoco estaban listos los pasajeros: había que recoger, localizándolos en albergues y orfanatos, a niños y niñas de entre dos y doce años. Buscarlos entre los más débiles, los más consumidos.

Con lo que sí se contaba ya era con el jefe del convoy ferroviario. Tales funciones recaían en Déyev, un hombre joven pero ya curtido en la Guerra Civil. Lo acababan de nombrar, y el comandante del departamento de transporte Chayánov no se anduvo por las ramas:

—Son quinientos niños—le dijo a modo de saludo—. Y los tienes que llevar de Kazán a Samarcanda. El secretario te hará entrega de la orden y las instrucciones.

En los años que llevaba trabajando en el sector del transporte, Déyev había llevado toda suerte de cargas: lo mismo trigo o ganado requisado a los campesinos que cisternas llenas a rebosar de grasa de ballena donada por la generosa Noruega a la famélica población de la región del Volga. Pero niños no había llevado jamás: sería la primera vez que se responsabilizaría de una carga de esa índole.

—¿Para cuándo está prevista la salida?—preguntó.

—Por mí, podéis salir mañana mismo. En cuanto tengas listo el convoy, sal de aquí cagando leches. ¡Vuela como un pájaro, amigo mío! A los niños no les gustan los viajes largos, muy pronto te enterarás.

Y eso fue todo. Dos minutos de conversación y para de contar. Lo que no le quedó muy claro fue eso de que ya se

enteraría. Pero no tenía tiempo para darles vueltas a las cosas. Los viejos se pueden permitir rumiar las ideas, porque tienen tiempo de sobra. Él no.

Déyev acudió en primer lugar a los jefes de la estación de ferrocarriles. Éstos le prometieron rebuscar en todos los rincones, aunque acabaron trayéndole un único coche. Eso sí, se trataba nada menos que de un viejo coche de primera clase, si bien es verdad que había perdido su bonito color azul de antaño en favor del pálido gris que mostraba ahora. El interior estaba forrado con gobelinos un poco ajados, tenía espejos, algunos de ellos todavía enteros, y el salón era tan amplio que se podían bailar vales en él. En el pasado, había albergado una biblioteca y hasta un piano de cola. Ahora, el lugar del piano lo ocupaba una oronda, aunque como picada de viruelas, bañera de hierro fundido que, por lo visto, en algún momento habían arrastrado desde el vagón destinado a los baños y la lavandería y la habían dejado allí olvidada. Su presencia en medio de las estanterías vacías y los candelabros tiznados resultaba bastante absurda. Déyev frunció el ceño, sin poder disimular su enojo, pero se quedó. Los gobelinos hizo arrancarlos y mandarlos al diablo; los candelabros fueron abatidos a golpes. Idéntica suerte corrieron los bonitos soportes para el equipaje que había en los compartimentos, que fueron sustituidos por un segundo e incluso un tercer nivel de literas. La bañera se quedó donde estaba. Déyev manifestó la intención de adosarle una estufita de hierro para que los niños calentaran el agua de lavarse, pero se le dijo que eso de templar el agua era una tara burguesa, de modo que tuvo que abandonar la idea de contar con agua caliente.

Hubo que esperar al día siguiente para ver aparecer el segundo vagón. Lo trajeron desde Krásnaya Gorka, donde había pasado cuatro años estacionado en el patio trasero del depósito de locomotoras. Déyev no pudo evitar un estremecimiento al inspeccionarlo. No se trataba de un vagón cualquiera, sino de una capilla rodante. La resistencia que un co-

che de esa índole ofrecía a su transformación en cualquier cosa que sirviera a las necesidades de la realidad soviética explicaba que hubiera pasado tanto tiempo llenándose de polvo en una vía muerta. La cúpula de bronce que el tiempo había coloreado de verde podía ser retirada, sí, y lo mismo se podía hacer con el altar, fácilmente desmontable. Pero ¿dónde metías las ventanas en forma de arco con los bordes pintados de rojo? ¿Y qué hacías con el techo en forma de diadema? Déyev, no obstante, tampoco desdeñó aquel coche. Algo bueno le vio enseguida: su tamaño y, por ende, su capacidad. «¿Cuántas literas le meto aquí?», preguntó el mandamás del taller de carpintería, examinando con respeto la imponente altura del techo. «¡Que sean tres!», mandó Déyev. Es verdad que habrían cabido cuatro, pero pensó que a los niños les podría dar miedo encaramarse tan alto.

El coche cocina llegó de Simbirsk dos días más tarde. Era una suerte de cajita maciza sobre ruedas, armada a toda prisa con tablones cepillados y reparada después, una y otra vez, con otros tablones que no habían conocido el cepillo. Además, se notaban enseguida remiendos adicionales de madera contrachapada y de un tragaluz brotaba una chimenea retorcida. Al entregárselo, comentaron que en las vías muertas de las afueras de Simbirsk quedaban muchos cacharros como aquél y que algunos de ellos le podrían venir muy bien a Déyev, pero él no se animó a emprender un viaje de inspección a aquellas alturas.

Por último, un coche de pasajeros traído de Moscú y cinco vagones más fueron enganchados al convoy de Déyev, al que los trabajadores de las vías ya habían bautizado como La Guirnalda, debido a la variedad de colores y palos que lo integraban. Los vagones, todos ellos coches cama, que apestaban a humo de cigarrillos y estaban llenos de porquería, precisaban más una limpieza profunda que una simple mano de pintura. Pero a esas alturas Déyev tenía a los jefes de la estación hartos de tanto exigir (y todo reclamándolo con sus acu-

ciantes «¡ahora mismo!», «¡inmediatamente!» y «¡en este mismo instante!»), de modo que le negaron las mozas de limpieza que pidió. Así que no le quedó más remedio que, sin ahorrarse antes un escupitajo, llenar dos baldes de agua y ponerse él mismo manos a la obra.

Fue entonces cuando apareció ella. Armado de un trapo, Déyev estaba arrastrándose por el suelo mojado, afanándose en sacar un montón de cáscaras de pipas de debajo de un banco, cuando dos botas de puntera roma de las que utilizan en la infantería se plantaron de repente delante de su cara. Al levantar la vista se encontró con sendas pantorrillas delgadas que, en lugar de cubiertas con los típicos pantalones de uniforme de los soldados, estaban enfundadas en unas delicadas medias de lana.

—Es usted un asesino—lo acusó sin preámbulos la voz de mujer—. ¿Me puede decir qué hace perdiendo el tiempo ahora mismo aquí?

Déyev no daba crédito a lo que oía. Alzó un poco más la vista y se topó con una falda de color negro muy ajustada y unas rodillas afiladas como estiletos que sobresalían justo por debajo del dobladillo.

—Mientras se entretiene aquí arrastrando la panza por los suelos, allá afuera hay niños muriendo—prosiguió la recién llegada.

Déyev intentó salir de debajo del banco y sentarse, pero se golpeó con la nuca en el borde del mueble.

—¿Tú quién eres?—preguntó por fin. Déyev solía apocarse en presencia de las mujeres y por eso las tuteaba siempre, mientras adoptaba una posición altiva, retadora.

—Comisaria de la infancia. Y viajaré con usted a Samarcanda, en cuanto salga de una vez de ese charco y proceda a dar cumplimiento a la orden recibida.

—¿Tienes nombre, comisaria?

—Bélaya.

Déyev no supo a ciencia cierta si Bélaya—es decir, Blan-

ca—era su nombre o su apellido. Y no tuvo el aplomo de preguntárselo.

La mujer lo superaba en edad, pero no tanto como para que pudiera ser su madre. Más bien, podría ser su hermana mayor. Su rostro, hermoso y severo, podría servir de modelo para un cartel de propaganda soviético. Tenía el cabello claro y lo llevaba corto, con pequeños rizos apuntando en todas direcciones. Su mirada tenía la autoridad de un comandante de Ejército. Ante una mirada como aquélla, daban ganas de ponerse de pie de un salto y cuadrarse, pero Déyev se contuvo. Se atusó las greñas sin prisa y aprovechó para sacudirse de la frente un par de cáscaras de pipas que se le habían pegado; luego arrojó el trapo en el cubo de cualquier manera, de modo que el agua se desbordó y fue a salpicar las botas de la comisaria, y se quedó sentado en el suelo en una postura que tenía un punto de insolencia.

—En ese caso, ¿qué tal si me echas una mano con la limpieza, camarada Bélaya? ¿O te parece que podemos llevar a la gente encerrada en este establo hediondo?

—Por supuesto que le echo una mano—respondió ella sin un ápice de duda—. Pero habrá que esperar a la noche, cuando ya estén durmiendo los niños.

—¿Es que nosotros no nos vamos a acostar?—perseveró Déyev en el tono insolente. En verdad, no hubiera querido decir eso, pero la lengua le jugó una mala pasada.

La vergüenza por la frase de mal gusto lo asaltó enseguida. De manera que se puso en pie de un salto y se sacudió el polvo de los pantalones que se había enrollado hasta los muslos y las rodillas desnudas. Cuando se hubo erguido completamente, se dio cuenta de que tenía que mirar a la mujer desde abajo, porque la comisaria Bélaya le sacaba media cabeza.

—Me temo, Déyev, que no nos vamos a acostar, no—le respondió ella mirándolo fijamente a los ojos. Él pudo ver entonces por primera vez los de la mujer: grises y gélidos, ro-

deados de pestañas firmes—: Hasta que hayamos llegado a Samarcanda, no tendremos ocasión de acostarnos.

Apenas unos minutos más tarde, Déyev caminaba junto a Bélaya. O, más bien, le seguía el paso a toda prisa, moviéndose entre las vías mojadas por la llovizna y poniendo cuidado en no resbalar o echar a correr al trote.

A pesar de que tenía unos tobillos finos de muchacha y un cuerpo ligero, cuya silueta apenas permitía adivinar la chaqueta de amplios pliegues que llevaba sujeta al talle con un cinturón, la comisaria avanzaba a grandes zancadas, de traviesa en traviesa. Atento al paso firme de sus zapatos cuadrados, Déyev pensó que éstos esconderían unos piecitos finos, delicados. Esa idea le hizo perder el paso, así que masculló un taco y apartó de su mente el indecoroso pensamiento.

—Le intentarán colar una cuota más elevada, pero usted niéguese en redondo, ¿me oye bien?—Bélaya hablaba deprisa, sin molestarse en volver la mirada a su interlocutor, como si disparara las frases a un objetivo ubicado delante de ella. Déyev tuvo que pisar el acelerador para no perderse las instrucciones—. Intentarán colarle a enfermos, haciendo ver que ya están curados: ¡usted niéguese en redondo a aceptarlos!

Déyev no conseguía entender a quién debía manifestar negativas tan rotundas. ¿A quién se refería la comisaria con esas palabras hirientes?

—Si juegan la carta de la pena, écheme a mí la culpa. Dígame: es que esta Bélaya no atiende a razones y es una desalmada; no da su brazo a torcer, la muy cabrona, y es dura como una piedra...

—Bueno, pero no olvide que el jefe del convoy soy yo —apuntó Déyev, por si acaso.

—Eso es cierto—convino Bélaya—, pero las culpas éche-

melas a mí. Mejor aún: usted no abra la boca y ya me ocuparé yo de dejar bien claras las cosas.

Tras superar los aledaños de la estación de ferrocarriles, Bélaya y Déyev salieron por fin a la ciudad y muy pronto alcanzaron el centro: la plaza principal, donde se alzaba un palacio de granito y mármol que tenía columnas tan gruesas que se necesitaban tres personas para abrazarlas y ventanas más altas que un hombre. En el pasado, el edificio había albergado la Asamblea de Nobles, pero con la llegada del nuevo régimen lo había ocupado el Albergue de Evacuados n.º 1 de Kazán. A ese albergue llegaban, desde rincones próximos y distantes de la Tartaria roja, los niños que sus padres no querían o no podían alimentar. De ahí saldría la mayor parte de los pasajeros del convoy a las órdenes de Déyev.

De cerca, no obstante, el albergue parecía menos un palacio que una fortaleza asediada. Las ventanas que daban a los sótanos estaban tapiadas con tablones, en algunos puntos superpuestos en dos capas, mientras que las ventanas en forma de ojiva de la primera planta estaban cegadas con planchas de hierro y madera contrachapada. Las columnas de mármol blanco mostraban una apretada red de grietas y los muros estaban salpicados de tantos baches que parecían fabricados con alguna piedra muy porosa y quebradiza. Déyev, no obstante, supo enseguida de qué se trataba, que las marcas pequeñas eran el rastro dejado por las balas y las mayores, las huellas de los proyectiles de artillería. El edificio tenía un aire sombrío e inexpugnable, como si la Guerra Civil continuara bullendo a su alrededor. ¿De quiénes se estarían protegiendo los que se hallaban encerrados al otro lado de aquellos muros? ¿Acaso se cuidaban de las instituciones que asediaban a los menores?

Niños había allí por todas partes. Una docena o docena y media de sucios cuerpecitos envueltos en trapos hasta las cejas e inmóviles, como aletargados bajo la llovizna, se agolpa-

ban en las escaleras de granito por las que se accedía al edificio o estaban tumbados sobre periódicos a lo largo de los muros. No era la primera vez que Déyev veía un cuadro semejante, pero nunca se había preguntado la razón por la que tantos niños se concentraban fuera del albergue en lugar de hacerlo en su interior.

Bélaya trepó por la suave rampa destinada a los vehículos tirados por caballos y llamó a la puerta principal. Nadie respondió. Entonces golpeó de nuevo con más fuerza. Las puertas cerradas a cal y canto encajaron muy bien los embates. Tampoco encontró respuesta. Alzada sobre las puntas de los pies, la comisaria propinó otro par de mamporros a la madera de contrachapado que cubría el vano de una ventana. A punto estuvo de abrirse una brecha en la palma de la mano con un clavo que sobresalía.

Pero la fortaleza no quebrantó su sepulcral silencio. Los niños tumbados a sus pies tampoco dijeron palabra: parecían ausentes.

No obstante, algunas miradas siguieron con lánguida curiosidad los movimientos de la mujer, y un muchachito, menudo y con el rostro quemado por el sol, como una patata sucia, se incorporó ligeramente para presenciar el espectáculo. Bélaya se fijó en él.

—¿Cómo es que no abren?—le preguntó ésta sin ambages en tono amistoso.

A Déyev lo pasmó la ausencia del anterior tono autoritario en su voz. También que sus ojos destilaran ahora un halo de ternura. «¡Así que la comisaria también sabe hablar a la gente con humanidad!», se dijo, admirado.

El muchachito se tomó unos instantes para responder. Miró en derredor y después a lo alto, de donde caían gotitas de lluvia.

—Es que habéis venido muy tarde—dijo con desgana—. Volved por la mañana, que éstos enseñan más los dientes a primera hora.

—Ah, pero resulta que tenemos que hablar con ellos ahora mismo—le informó Bélaya con un suspiro—. ¿No habrá alguna manera de...? Échame una mano, anda.

Tampoco esta vez el niño le respondió enseguida, como si las palabras que debían salir de su boca le fueran llegando desde algún lugar remoto.

—¿Y yo qué gano con eso?—preguntó.

—Te diré cómo conseguir una plaza en el albergue, así no tendrás que estar aquí tirado como un pordiosero, sacándole brillo al portal con los pantalones. Ya verás como las trabajadoras sociales vienen a por ti para llevarte adentro del brazo y te lavarán, te darán de comer y te asignarán una plaza.

—¡Te lo estás inventando todo!—sonrió el chaval de oreja a oreja mostrando sus dientes negros.

—Escúchame bien—le dijo Bélaya—. Esta medianoche habrá una redada en el estuario. La policía y los de la Comisión de la Infancia van a barrer las orillas del río y enviarán a los albergues a todos los niños que agarren. Así que todos los que quieran una plaza en los albergues deberían asegurarse de estar allí antes de la puesta de sol. Y el que no quiera ir al albergue lo mejor es que se dé el piro y no deje que esa gente lo agarre. ¿Lo has pillado? Ahora ve a decírselo a tus amigos, vamos.

El rostro color de patata se contrajo, porque el niño, con gesto desconfiado, enarcó las cejas y arrugó la nariz.

—¡Qué se me clave un puñal en el corazón y cien clavos en el ojo si miento!—juró Bélaya golpeándose el pecho con el puño cerrado, como si se estuviera clavando un cuchillo entre las costillas. Después mostró una expresión suave, sonrió al niño con aire conspirativo y repitió su ruego—: ¡Y ahora ayúdame, vamos!

El niño se levantó despacio y se acercó a la puerta de entrada. El lento movimiento de sus extremidades hacía pensar que se desplazaba por la superficie de un estanque y no por tierra firme. Una vez frente a la puerta se volvió y, abandonando de repente toda su perezosa plasticidad, la empen-

dió a puñetazos y patadas con ella. Era tanta la fuerza con la que golpeaba que la madera pesada y cubierta de una espesa capa de esmalte tembló y las bisagras crujieron.

—Tendrías que haberla aporreado—le explicó a Bélaya sin dejar de golpear y comenzando a perder el aliento—. ¡A éstos sólo se les gana sacándolos de quicio!

—¡No hay plazas! ¡Ya os lo hemos dicho!—se oyó gritar a alguien un minuto más tarde. La voz procedía de una de las ventanas de la primera planta.

Sordo al aviso, el chiquillo continuó golpeando la puerta con la misma intensidad. Pronto se oyó cómo se descorría un cerrojo. El niño se apartó enseguida de un salto y la escoba que se agitó por la puerta entreabierta se tuvo que contentar con castigar el aire.

La gruesa figura de una mujer se asomó a la puerta blandiendo la escoba como si de una espada se tratara.

—¡Piérdete, mugriento!—gritó—. ¡Vete a contarle los cuernos al diablo!

—¿Qué es esta fortaleza que habéis levantado aquí?—intervino Bélaya sin alzar la voz, pero cargándola de un tono de amenaza que hizo que a Déyev se le helara la sangre en las venas—. Ya hace mucho que acabó la guerra, ¿no cree?

—Habrá acabado para algunos, pero otros la estamos librando como el primer día—respondió la cancerbera sin apocarse—. ¡Acabarán con este albergue, ya os lo digo! ¡Yo no tengo la culpa de que todos estos chiquillos caigan como hordas a diario por aquí! ¿Dónde quiere que los meta?

Sin molestarse en replicar, Bélaya dio un paso al frente y la mujerona se apartó y bajó la escoba. Déyev se coló detrás de la comisaria y ambos se adentraron en la maciza oscuridad del edificio con sus ventanas tapiadas a cal y canto.

—¿A quién habéis venido a ver, camaradas?—preguntó la portera, aún empleada en echar el último de los cerrojos sin

atinar con la llave en aquella oscuridad—. ¿Adónde vais, camaradas? ¡Eh, un momento!

Pero Bélaya ya subía por la escalera principal hacia el lugar, en la primera planta, donde parpadeaba una débil luz. Déyev, quien había apurado el paso en pos de la comisaria, tropezó con algo blanduzco y a punto estuvo de rodar por los suelos. Dos pasos más adelante, tropezó otra vez. Y tratabilló de nuevo. De la espesa penumbra brotaron unos grititos y después un susurro burlón:

—¡Camaradas!

Era imposible distinguir algo en medio de aquella oscuridad. Déyev se paró en seco y, haciendo molinetes con los brazos, tropezó con dos cabecitas rapadas.

—¡Camaradas!—dijo una segunda voz desde un lado de la estancia acompañada de un coro de risitas—. ¿Adónde creéis que vais?

—¡Al quinto pino!—dijeron desde otro rincón—. ¡A por un albino!

—¡A por vino!

—¡A comprar tocino!

—¡A huir del asesino!

A estas alturas la penumbra se había llenado de voces, risas y jadeos.

—¡A echar al inquilino!

—¡A pillar al vecino!

—¡A matar al cochino!

—¡A casa del cretino!

—¡Chitón!—los reconvino la portera desde el pie de la escalera.

Déyev aguzó la vista y se abalanzó en la dirección tomada por Bélaya con los brazos por delante, abriéndose camino en medio del montón de niños agolpados en los escalones. Las palmas de las manos resbalaban por cabezas rapadas, piernas, hombros y espaldas. Temía pisar a alguien y hacerle daño, pero los cuerpecitos de los niños eran mucho más

veloces que él y se apartaban a los lados abriéndole camino, como hacen los bancos de pececillos cuando ven venir a su encuentro a un pez más grande.

La claridad, a medida que Déyev subía, era mayor; también había más gente. Muy pronto la escalera se partió en dos mangas, ambas con recorridos divergentes, que llevaban a la primera planta. Ahora ya se podían distinguir los ojos que esrutaban el recinto con curiosidad: ojillos marrones, berme llones, negros, azules o del color de la hierba. Déyev tuvo la impresión de que a uno de los niños le faltaba una oreja, pero quizá, pensó también, fuera un efecto de la penumbra general.

Un pasillo inmenso dividía la primera planta en dos zonas. Amplias puertas que alguna vez fueron de un brillante color blanco y marcos dorados, pero que ahora, completamente decapadas, sólo mostraban la trama de su madera oscura, conducían a las estancias interiores. Una diminuta dama con gafas, a todas luces una empleada del albergue, apareció en el fondo del pasillo y corrió a interceptar a los visitantes. Sin molestarse en ocultar el afán de ignorar la injerencia de la mujer, Bélaya abrió de par en par las puertas centrales y entró resueltamente. Déyev la siguió a toda prisa, haciendo de tripas corazón para superar la incomodidad que lo dominaba. ¡No iba a quedarse allí a dar explicaciones él solo por una irrupción tan descarada!

Fue entrar y quedar atónito. Se trataba del salón de baile. La luz de la calle entraba a raudales por los ventanales. Casi todos tenían los cristales enteros y tan sólo en algunos tramos se habían tenido que rellenar los marcos vacíos con trapos. Los techos eran inusualmente altos, tanto que tuvo que forzar el cuello para conseguir admirar la inmensa araña de múltiples brazos y las dimensiones de una locomotora, de cuyas luces en forma de vela no quedaba ni rastro, aunque conservaba intactas las volutas de bronce. Por encima de la araña, el techo estaba lleno de flores de yeso y negras grietas. También en lo alto asomaba un balcón protegido por una baran-

da de color blanco y sostenido por columnas bastante deterioradas, aunque aún hermosas.

El amplio espacio del salón estaba tan lleno de chiquillos que parecía la sala de espera de una estación de trenes. Los alféizares de las ventanas habían sido convertidos en piltras en las que montones de trapos hacían las veces de colchonetas. En cada una de ellas se acomodaban tres o cuatro chiquillos, a veces encaramados unos encima de otros. A modo de lecho servían también cajas y maletas, sacos rellenos de no se sabía qué e incluso montones de libros cubiertos de heno ordenados en largas hileras que recorrían el suelo de madera. Saltaba a la vista que se trataba de libros caros. Las tapas de piel o de cartón con adornos en relieve sugerían colecciones de obras escogidas. Algunos de los chiquillos no habían podido hacerse con espacios que les permitieran estar tumbados o sentados con cierta comodidad y se veían obligados a permanecer agrupados directamente en el suelo, que, de esa manera, parecía forrado por una espesa capa de rostros consumidos y extremidades sucias y paliduchas que daban la impresión de estar siempre en movimiento.

Los recién llegados no llamaron la atención de los niños. Los inquilinos del albergue permanecieron indiferentes a su irrupción y continuaron mirando por las ventanas, jugando a las cartas, charlando animadamente, dormitando, quitándose y mordiendo los piojos o, simplemente, con la mente en blanco y absortos en la contemplación del techo. Déyev no había visto tantos niños juntos en toda su vida. La enorme cantidad de pies descalzos y cabecitas idénticas con el pelo cortado al cero hizo que se le nublara la vista. Un ruido sordo lo llenaba todo allí:

—¡Como si fuera la primera vez que jamábamos carne de perro! Y nada, nos jodió la barriga, pero aquí estamos vivos...

—Cuando pasó eso, mi madre ya la estaba palmando y la tierra le había enseñado sus garras oscuras...